

deramente sobrehumano, cuya vida fué luminar del espíritu de aquel gran siglo y cuya muerte, deshonra eterna de la religion y de la doctrina calvinista. Puro en su vida, claro en su inteligencia, profundo en su saber, conocedor de los misterios del alma y de los misterios del Universo, queria, de todo corazon aquel ingenio brillantísimo, sustentado por un natural grave y fuerte, dar de mano á todos los comentarios mas ó menos dogmáticos y teológicos puestos por los reformadores á la nueva idea y temprarla en la razon misma y convertirla en teología mas ó menos revelada, en pura y racional práctica ciencia. Hijo de aquella tierra de Aragon donde brota como fruto natural y propio el heroismo; discípulo de aquella Universidad de Tolosa donde se verificara en otro tiempo la conjuncion del ingenio lemosin y provenzal con el ingenio italiano; naturalista y filósofo á un mismo tiempo, místico por los arrebatos del sentimiento y por los arrobos de la imaginacion y por el vigor de su entendimiento y la fuerza de su raciocinio y la claridad de su razon, verdaderamente racionalista, puede asegurarse que aquel hombre aventajaba y precedía por completo á su siglo y de consiguiente no iba, no, á ser comprendido ni adivinado por los que reemplazaban una teología con otra teología y un dogma religioso con otro dogma religioso. Estas naturalezas tan grandes suelen aparecer contradictorias á los ojos de sus contemporáneos. Artísticas, pertenecen por el sentimiento y la imaginacion á lo pasado; políticas, pertenecen por la observacion y la experiencia á lo presente; científicas, pertenecen por las intuiciones rápidas ó por los raciocinios frios á lo porvenir; resultando naturalezas verdaderamente sintéticas, en las cuales los tres términos del pensamiento y las tres fases del tiempo, se reunen y concentran como en la eternidad. Vistas de cerca estas naturalezas extraordinarias, aparecen sus contradicciones de bulto; pero vistas de léjos, en los pedestales de la historia, en las perspectivas de lo pasado, en los conjuntos de la edad á que pertenecen, brillan cada dia con esplendor mas nuevo é iluminan á cien generaciones. A los ojos de tanto teologastro como pululaba en el siglo décimosexto, el gran pensador era un naturalista descarnado; á los ojos de los naturalistas, un místico exaltadísimo; á los ojos de los católicos, un renegado protestante merecedor del potro y de la hoguera, y á los ojos de los protestantes, un disidente peligroso que frisaba con las doctrinas

de Arrio, y no podia por ende asociarse al gran movimiento de renovacion universal que tomaba la persona de Cristo por mediadora entre la tierra y el cielo, que habia rescatado á la humanidad de las garras horribles de la primera culpa, con su pasion y con su muerte. Al hallarse frente á frente con Calvino, se hallaba Servet frente á frente de la última transformacion que debia sufrir la teología cristiana. De un lado, pues, la ciencia, de otro lado la revelacion: imposible que se acercaran y entendieran. Hablaron y disintieron; disintieron y disputaron. Esta disputa, entonces meramente de argumentacion y de palabra, trocóse cuatro lustros mas tarde en implacable proceso religioso que escogió por víctima ilustre al mas sabio y menos supersticioso de los dos contendientes. Servet, como buen español, tenia la religion no solamente como creencia individual é íntima, sino tambien como uno de los mas apretados lazos que le unieran y estrecharan con su sociedad y con su tiempo. De consiguiente, los estudios de la naturaleza que tanto le inclinaban al racionalismo científico, las ideas relativas á la Trinidad que tanto le confundian con el profetismo semítico, no eran parte, no, á impedir su presencia en las iglesias católicas donde continuaba mas por hábito que por convencimiento, asistiendo á los divinos oficios. Tal vez, semejante laxitud contribuyó al odio implacable de Calvino contra Servet, y á la muerte tristísima de Servet á manos de Calvino. Ya surgirá en nuestra narracion este horrible incidente.

Acercábase á la sazón el fin de aquel año, el fin de 1534. Calvino vivia feliz, dado á los estudios, en comercio diario con gentes de letras, bajo la protectora enseña del Cisne y con la noble amistad y afecto de su huésped el piadosísimo La Forge. Tal tranquilidad, sin embargo, no podia ciertamente durar, conocidos los cambios bruscos de la temperatura moral é intelectual del Rey Francisco I. Los sayones vagaban, los verdugos no tenian víctimas en que desempeñar su terrible ministerio, pero continuaban los espías siguiendo los pasos de los reformadores y esperando el rescripto regulador de nuevas persecuciones y matanzas. Con especialidad el lugarteniente criminal del reino, el célebre Morin, conocido por su vengativa complexion que le despertaba sed inextinguible de sangre, recorría los alrededores de la casa donde habitaba Calvino como alimaña feroz que atisba una buena presa. Presintió Calvino



la tempestad que se condensaba en los horizontes y dedujo de sus presentimientos la necesidad imprescindible de apartar el rayo de aquella casa donde hallara seguro asilo y tranquilidad inalterable. El reformador y su compañero Tillet dejaron la ciudad de Paris y corrieron á la entonces agitada y encendida Germania. Viajaban los dos amigos á caballo y tenian consigo todo su peculio. Paráronse allá en Delme, poblacion de Lorena, cerca de Nanci, donde un tanto entumecidos por el rápido cabalgar, dejaron sus monturas y recorrieron á pié, por gusto y esparcimiento, plazas y calles. Mientras tal hacian, uno de sus escuderos les birlaba todos sus cuartos y se iba con una de las dos bestias de paso al interior de Francia, cual todos los criminales, de prisa, como si dijéramos, á uña de caballo. En tal desnudez llegaron los dos fugitivos á la libre ciudad de Estrasburgo.

Mientras tanto, la tempestad presentida por Calvino, descargaba sobre Paris. La libertad dejada por Francisco I á los protestantes en virtud tan solo de su política exterior trajo consigo agitaciones semejantes á verdadera fiebre. Uníase á tal estado psicológico de la gran ciudad el estado no menos febril de Suiza, nacion materialmente chica, moralmente grande, y por consecuencia de influjo continuo y tenaz en su vecina Francia. Los protestantes franceses enviaban á la callada embajadores á los protestantes helvéticos, y estos les mostraban con orgullo los progresos de la nueva idea, las resistencias vencidas, las asociaciones fundadas, las viejas iglesias desnudas, los ídolos demolidos, el Evangelio en triunfo, el Papa en derrota, un nuevo espíritu brillando con luz deslumbradora en las albas crestas de los Alpes cercanas al cielo y una nueva sociedad surgiendo de los senos de aquel gran espíritu revolucionario renovador verdadero de la tierra.

Hallábase á la sazón al frente de todo este movimiento el gran reformador de Neufchatel, uno de los hombres mas ilustres de aquel tiempo y que mas contribuyeron á la renovacion del espíritu. Los embajadores franceses mostráronle á una el abatimiento de la reforma en Francia, tanto mas triste cuanto que contrastaba con las exaltaciones del nuevo espíritu en Suiza, y conjuráronle á que les prestara su pluma y su palabra para un apostolado eficaz y una revolucion radicalísima. Farel, que así el reformador se llamaba, les redactó una especie de proclama contra la misa ortodoxa, proclama que los

embajadores recogieron, jurando, si era preciso, fijarla y ponerla hasta en la cámara del rey.

La proclama olía en realidad á documento de revolucion y de guerra. Concentrada en ella la quinta esencia del nuevo ideal religioso, negaba el carácter de intercesor entre Dios y los hombres á ningun otro sér que no fuera Cristo y negaba el carácter de sacrificio aceptable al cielo á ningun holocausto que no fuera el holocausto de la cruz. El dogma de la Virgen María, la comunión de los santos, las ofrendas y preces quedaban en total abrogacion por obra de aquellas audaces innovaciones. A tal sentido y espíritu dogmático, uníanse las frases revolucionarias de cajón, fórmulas ya usuales en el habla protestante contra el clero, contra el episcopado, contra el cardenalato y contra el Papa. La proclama era, pues, una proclama de guerra, que apareció, merced al atrevimiento de los revolucionarios, en las esquinas principales de Paris y en las mayores ciudades de Francia, engendrando naturalmente desapoderadas esperanzas en unos y en otros desapoderados rencores.

Pero nada de esto, nada, tuvo la gravedad que el audaz acto concebido y perpetrado por un cantor de la capilla del Rey. Alojábase á la sazón este allá por las orillas del Loira en su hermoso palacio de Blois, joya del Renacimiento, esmaltada por mil recuerdos históricos, y que á guisa de un cincelado vaso de aromosas esencias, contenía y guardaba mil poéticas leyendas. Todos los monarcas abrumados por la pesadumbre del poder absoluto se granjean á una, en los solaces del campo, la paz incompatible con los privilegios del trono. Y Francisco I se daba con regocijo á los esparcimientos campestres, cuando, al levantarse una mañana y entrar como de costumbre el Condestable Montmorency y el Cardenal Tournon, los ve llenos de cólera y agitados por un afecto vivísimo, trayendo en sus manos pedazos de un papel que á la lengua pregonan su carácter de proclama y de pasquin. Efectivamente, las proposiciones de Farel contra la misa ortodoxa y sus denuestos contra la clerecía romana se han fijado nada menos que á la puerta misma de las alcobas del Rey. Al oírlo Francisco I de los labios autorizados de un Condestable y de un Cardenal, que á mayor abundamiento traen las pruebas fehacientes en las manos crispadas, siente un vértigo de cólera que le roba todo sentido, y jura en Dios y en su alma tomar la satisfaccion y el desquite